

A.C.N. DE P.

AÑO XL

1 noviembre 1963

NUM. 762

Depósito legal: M. 244-1958

NOTAS Y TENDENCIAS CARACTERISTICAS DE NUESTRO TIEMPO SEGUN LA ENCICLICA "PACEM IN TERRIS"

EL CRECIENTE DESARROLLO DEL ESTADO DE DERECHO, EXIGENCIA DE LA DIGNIDAD NATURAL Y CRISTIANA DEL HOMBRE

El mundo del trabajo se aproxima cada vez más a los valores religiosos

El cristiano debe capacitarse para el diálogo constructivo con el mundo contemporáneo

TEXTO INTEGRO DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA POR DON VICENTE PALACIO ATARD EL DIA 10 DE OCTUBRE DE 1963 EN EL CENTRO DE MADRID

El día 10 de octubre pasado se inauguró en el Colegio Mayor de San Pablo el ciclo de conferencias sobre "Los españoles ante la Pacem in terris", organizado por el Centro de Madrid. La lección inaugural estuvo a cargo de don Vicente Palacio Atard, catedrático de la Universidad de Madrid, quien disertó sobre el tema "Notas y tendencias características de nuestro tiempo, según la encíclica". Reproducimos a continuación el texto taquigráfico de esta interesante conferencia.

tas y tendencias características de nuestro tiempo, según la encíclica".

Sentido positivo de los signos de la época recogidos por la encíclica

Una de las primeras observaciones que saltan a los ojos ante la lectura de la "Pacem in terris" es la deliberada apelación a unos signos definitorios de nuestro tiempo. Algunas de tales notas han quedado especialmente destacadas, como es sabido, en el texto pontificio al final de cada una de las cinco partes en que se divide la encíclica. Otras figuran dispersas, acá y allá, a lo largo del documento. Podríamos decir, en fin, que hay alguna referencia implícita subyacente a las características del tiempo presente, como un latido de este mundo que vibra en cada línea del documento. Nada de esto puede sorprendernos, puesto que se trata de un documento pastoral que va dirigido a los hombres de un determinado momento.

La indicación, pues, en el texto pontificio de unos signos o señales de los tiempos, no constituye un novedoso revestimiento. Es una preocupación pastoral por el mundo de estos días, por

Muchos de vosotros habréis leído la novela de Bruce Marshall "El Danubio Rojo". Recordaréis las escenas. La madre superiora de un convento de Viena ha preguntado a varios personajes—al coronel Nicobar, un británico que dice no ser cristiano oficial; a un coronel ruso, Piniev; a un ex teniente coronel austriaco, Burckhardt, criado en ambiente católico—por qué no son cristianos. Y de las contestaciones de cada uno de ellos extrae un denominador común: todos ellos dicen que la jerarquía, el Papa, los Obispos, debieran hablar a las gentes en idioma sencillo para explicarles las cosas buenas que hay dentro del cristianismo, pero ininteligibles. Entonces la monjita toma una determinación: se dispone a repetir lo que en tiempos pasados hizo la madre fundadora de su Orden, Santa Walburga de Gratz, quien en 1585 tenía algo importante que decir al Papa, y voló a Roma. Claro es que voló la santa en alas de los ángeles, de modo milagroso; pero ella ahora no pretende un milagro, puede volar por medios naturales, y se cuele como polizone en el avión que lleva al coronel Nicobar hasta Roma. La superiora vienesa pide allí al Pontífice que

hable en lenguaje sencillo a las gentes, porque el mundo está necesitado de ello.

La encíclica del lenguaje sencillo

A la encíclica "Pacem in terris" se la ha denominado de muchas maneras: "Carta magna de la paz", "encíclica del humanismo cristiano", "encíclica del desarme"; todas estas denominaciones seguramente le convienen. Yo creo que en su aspecto formal todavía podríamos añadir otra denominación: la "encíclica del lenguaje sencillo". Y aquí me tenéis ante vosotros para iniciar este círculo de estudios sobre la "Pacem in terris". Debo dar las gracias a la A. C. N. de P. por haberme confiado este honroso encargo. Bien quisiera corresponder a vuestra confianza con mi trabajo, pero temo que la calidad de mi trabajo no se corresponda con la excelencia de mi deseo. De todas maneras, quisiera que no tomárais mi intervención como un atrevimiento, sino más bien como un testimonio de reconocimiento y afecto a esta Asociación de los Propagandistas, de tan recia solera, en la que, si tengo poco que enseñar, probablemente tengo mucho que aprender.

Pasemos al tema propuesto: "Las no-

En este número:

Espíritu y estilo del propagandista

Pág. 6

esa situación en que nos hallamos, en la segunda mitad del siglo XX. Pero tal y como se presentan en la encíclica estas "señales", parecen descubrir el propósito del Papa de ofrecer a la consideración de los cristianos y de todos los hombres de buena voluntad aquellas tendencias del mundo contemporáneo que tienen precisamente un sentido positivo presentadas en una forma estrictamente enunciativa. Es verdad que entre las varias referencias dispersas por el texto, algunas de ellas aluden a tendencias existentes en nuestros días y que han de calificarse como gravemente negativas. No vamos a recordarlas, porque estarán en la memoria de todos. Pero tales alusiones a las actitudes o tendencias negativas del tiempo actual no son ciertamente las que marcan el tono de la "Pacem in terris": se presentan más bien a manera de contraste ante situaciones o posibilidades de opuesto signo. Las dos connotaciones a que antes aludía, la forma enunciativa y el contenido positivo, convienen a las principales señales o realizaciones de los tiempos, según aparecen en la encíclica reseñadas. Y nos preguntamos ahora nosotros: ¿Por qué? ¿Por qué se ha

preferido así? La forma simplemente enunciativa proporciona ante todo una presentación objetiva de tales definiciones. Se soslaya cualquier planteamiento polémico; esta manera, este tratamiento de la cuestión ahorra las calificaciones condenatorias tanto como las bendiciones expresas: consiste en el reconocimiento puro y sencillo de unos hechos concretos que están insertos en las coordenadas de nuestro tiempo. Ahora bien, no sería exacto decir que la enunciativa objetiva de tales hechos carece de matización en el texto o, por lo menos alguna vez, en el contexto, como si el Santo Padre se hubiera inhibido de reconocer en ellos un valor moral. Justamente ocurre todo lo contrario, ya lo hemos dicho; en tales "signos" se destaca sin vacilación su contenido positivo. Aquí otra vez, insistente, la interrogación: ¿Por qué Juan XXIII ha escogido entre los acontecimientos que ponen un signo o significación a los tiempos, aquellos que indefectiblemente revelan un carácter positivo, de afirmación constructiva para un orden más humano, más justo, más verdadero? Antes de explicar una respuesta examinemos cuáles son estos acontecimientos.

to entre la religión y el mundo de trabajo. Tampoco voy a recordar ahora las razones principales que suelen exhibirse para explicar en el plano histórico esta debilidad formal de la acción reivindicacionista canalizada por un pensamiento y una organización cristianos.

Sea cual sea la explicación o el conjunto de razones que expliquen el fenómeno, es lo cierto que este proceso histórico ha alcanzado el nivel de nuestros tiempos desde plataformas de lanzamiento alejadas de la Iglesia, e incluso a veces proyectadas contra la Iglesia de Cristo. Y, sin embargo, es éste un hecho deseable. ¿Por qué ha tenido que ocurrir así, de este modo? Resulta estremecedor, para mí al menos, formularme esta pregunta: ¿Por qué la conquista de un bien que corresponde al mundo cristiano ha tenido que producirse por caminos de choque, de hostilidad contra la Iglesia?

Reencuentro entre el mundo del trabajo y la Iglesia

Pero la realidad actual es ahora otra. Nos encontramos ante unas circunstancias nuevas, en las que nos es dado pensar un reencuentro entre el mundo de trabajo y la religión. En 1960, el entonces Arzobispo de Milán declaraba: "El acercamiento del mundo del trabajo y de la religión no puede acaecer sino como un hecho espiritual, al cual prestaremos, eso sí, las mejores condiciones para su normal desarrollo, pero que no pretenderemos lograr eludiendo las resistencias interiores, las oposiciones del pensamiento, las desconfianzas, que sólo puede ignorar un intento de apología apresurada y superficial." Y añadía: "Quien quiera establecer la armonía entre la religión y trabajo deberá prepararse a no pocas fatigas de pensamiento y de obra. Se deberá también en este sector de la vida poner gran atención en dos factores decisivos y misteriosos: la libertad de las almas y la intervención de la gracia divina."

La promoción social de las clases trabajadoras

Primero, la promoción social de las clases trabajadoras. Ya en la "Mater et magistra" se había saludado con cierta alegría y en la misma forma enunciativa, la promoción de los trabajadores. Ahora el Pontífice desarrolla en unas líneas muy breves, apretadas, sólidas, el proceso histórico que la promoción ha supuesto, y todavía más: el que es presumible acontezca en los años venideros. Me parece de interés subrayar esta nota que se descubre aquí y que se ha de repetir igualmente en las otras características de los tiempos. Porque no se trata en este caso de un acaecimiento terminal; más bien se trata, en éste y en los casos siguientes, de unas señales de los tiempos abiertas hacia el futuro.

España con el padre Antonio Vicent en fecha bien temprana, y luego todos los demás de fray Ceferino González, las Semanas Sociales, el Sindicalismo Cristiano. Aquellas dramáticas palabras del padre Vicent, en su lecho de muerte, en 1912, a su amigo y colaborador Manuel Simó son suficientemente expresivas, mejor que cualquiera otra, de una realidad dolorosa: "Hemos fracasado, Manolo; hemos fracasado."

Hace pocos años, en 1960, dirigiéndose el entonces monseñor Montini a los obreros católicos de Turín, hizo un fino análisis de las raíces filosóficas, históricas y político-sociales del alejamiento

Comenzó desde posiciones marginales a la Iglesia

Es indudable que esta promoción social de las clases trabajadoras se ha efectuado en sus comienzos, y durante muchos años, desde posiciones marginales a la Iglesia. Es indudable también que la puesta en marcha del movimiento obrero acontece cuando la sociedad europea alcanza cierto desarrollo industrial en la primera etapa de la industria moderna, y viene a ser este movimiento una réplica a la agresión de unos principios de la sociedad burguesa decimonónica: la extensión del principio de la propiedad privada sin limitación alguna en cuanto al bien común y la inhibición por parte del Estado ante las relaciones laborales, relaciones que quedan sujetas al trato bilateral entre empresarios y obreros. Nos abstenemos de recordar las etapas que pueden señalarse en este proceso. Es cierto que la doctrina social de la Iglesia tuvo una expresión teórica, que vino a sumarse a tal movimiento reivindicatorio, y es cierto que la expresión teórica de la doctrina de la Iglesia fué mucho más formidable que las realizaciones prácticas tanteadas por algunas organizaciones o iniciativas de los cristianos. Es cierto que el movimiento obrerista católico no alcanzó el conveniente resultado, el objetivo apetecido, a pesar de que no faltaron en todas partes generosos esfuerzos, como sucediera en

La promoción social de la mujer

Segunda nota característica de los tiempos. La promoción social de la mujer, o sea su inserción activa en el mundo contemporáneo. También nos hallamos en este caso ante un acontecer histórico en el que se inscriben unas etapas ya cumplidas; pero además se ofrece un porvenir abierto hacia el futuro. Es, como el signo anterior, un bien deseable. En contraste con el otro caso, se trata de un bien a cuyo logro la Iglesia ha contribuido con muy poderosa y activa influencia. Sin petulante acento, con la simplicidad que campea en cada línea de la encíclica, pero también con puntual exactitud, Juan XXIII puede decir que este proceso ocurre "más aceleradamente acaso en los pueblos que profesan la fe cristiana". Es por lo demás un hecho de alcance universal.

La consideración instrumental de la mujer en la antigüedad

Se trata de un fenómeno cuya aceleración reciente recibe sus primitivos impulsos desde siglos bien lejanos. La civilización occidental ha heredado la raíz primitiva y predominantemente masculina de la civilización griega. En el cuadro de una tal civilización el papel que desempeña la mujer es meramente instrumental. La mujer es sirva, se la destina al trabajo más descalificado, sirve al placer o a las necesidades de los hombres, o cumple unas meras funciones bio-

lógicas para la perpetuación de la especie.

La persistencia del carácter depreciativo de la condición femenina ha sido tal que, no obstante la reivindicación iniciada por el cristianismo, algunos pensadores y escritores de la Edad Media mantenían una subestimación de la mujer: para algunos de ellos componía, en último término, el sexo diabólico. Del mismo modo, el carácter negativo peyorativo de las cualidades femeninas, que los hombres valoran en la medida en que cumplen su función como instrumento, se alienta en las letras profanas de un Bocaccio y de todo un amplio frente literario que se extiende por los siglos de la Baja Edad Media y entra en la Modernidad; frente en el que se libra un combate cáustico sobre la condición femenina, a la que han salido ya, por otra parte, defensores. En efecto, contra la vieja concepción discriminatoria, que no reconocía en la mujer la plena condición de persona, se había operado un movimiento de reivindicación. Primeramente sucede esto en el plano teológico: el cristianismo afirma la igualdad esencial entre los hombres y las mujeres, aunque el mismo San Pablo—recordémoslo—no deja de advertir el papel subordinado de la mujer ("el varón es la cabeza de la mujer"). Se reconoce, pues, la igualdad esencial o metafísica, que es compatible con una disminución social. La mu-

jer ha dejado de ser sierva; se la reconoce persona; pero está lejos de que pueda ejercer plenamente en la sociedad su papel como persona.

La reivindicación medieval de la mujer

Luego viene la reivindicación poética: la lírica provenzal enaltece a la mujer, los trovadores le rinden culto, le tributan homenaje. Una literatura galante hará de la mujer objeto de las delicadezas poéticas. La lírica posterior acentúa estos matices delicados de un gusto sensible a los encantos del mundo femenino. Petrarca canta en "Madonna Laura" la belleza femenina del mundo; Dante, en un estadio idealizador más profundo y más noble, hace de Beatriz instrumento de redención.

Más tarde vinieron los caballeros: en el torneo disputan los varones, pero la flor del torneo se ofrece a la mujer. Se ha pasado de la subestimación que sólo reconoce con evidente rudeza el carácter instrumental de la mujer, a esta otra estimación lírico-caballeresca en la cual la condición femenina gana en ornato; pero manteniéndose siempre, eso sí, su papel social subordinado, confinado a un ámbito doméstico y familiar en el que ni siquiera se le consiente ejercitar su voluntad libre como persona.

El movimiento feminista en las edades moderna y contemporánea

Todas estas reivindicaciones, aunque limitadas e incompletas, venían dadas desde fuera del círculo femenino como resultantes de iniciativas que podíamos considerar estrictamente masculinas. Fué más tarde, en el siglo XVIII, cuando cambia el impulso promotor o, por mejor decir, cuando se suma a aquel impulso otro de procedencia femenina. La mujer toma la iniciativa de su propia promoción social y desencadena un movimiento incontenible, ya que alcanza a nuestros días; iniciativa femenina que reviste formas de protesta, de choque, contra el predominio de la condición masculina en la sociedad. Su empuje, su tenacidad, le garantizan el éxito.

En el siglo XVIII reclamó y obtuvo el derecho a la instrucción y a la libre elección de marido; en el XIX y en el XX conquistaron derechos civiles y políticos, no sin que las sufragistas pusieran en el empeño a veces un talento militar un tanto varonil. Luego, mientras se presiona para la equiparación completa del varón y la mujer en el plano jurídico, irrumpen en el campo de la vida profesional o del trabajo cualificado y nos van desplazando de él a los hombres; por lo menos se acomodan entre nosotros.

Este proceso histórico no está, como puede apreciarse, clausurado. Hasta ahora el choque feminista se ha mantenido en una línea de avance hacia la igualdad jurídica, política, económica con el hombre, como si su meta fuera no sólo la competencia con el sexo masculino en todos los planos de la actividad, sino—aún más—como si el proceso debiera desembocar en una masculinización social, no digo biológica, de la propia mujer. Todas estas conquistas femeninas, por otra parte, no dejaban de acarrear dolorosas pérdidas y desgarraduras sobre ciertas consideraciones y convencionalismos, gracias a los cuales la condición femenina gozaba de un privilegio galante. "El sexo débil ha hecho gimnasia", decía con su gracejo natural nuestro Jardiel Ponceña; y André

Gide: "Las mujeres entran en el tranvía dando codazos, pero nadie les deja el asiento." Las insuficiencias, las frustraciones tal vez, del feminismo las subrayaba Pío XII en 1945 al tratar de la mujer en la actualidad y de sus deberes—no sólo de sus derechos—en la vida social y política: "No se ha dado importancia a su verdadera dignidad—de la mujer—y al sólido fundamento de todos sus derechos, es decir, el carácter propio de su ser femenino y a la íntima coordinación de los dos sexos." Y añadía que muchas veces, en las concesiones hechas a la mujer, es fácil descubrir, más que el respeto a su dignidad y a su misión, una auténtica mediatización política o económica. Por eso Pío XII, al abordar el problema femenino, lo traía otra vez a su verdadero centro, que es éste: cómo mantener y reforzar aquella dignidad de la mujer, sobre todo hoy, en la coyuntura en que la Providencia nos ha colocado.

Un nuevo feminismo en marcha

Ahora bien, antes de que las conquistas en los planos intelectual, profesional, económico de las mujeres hayan alcanzado por completo el nivel del varón, parece auspiciarse una variante en las aspiraciones de aquéllas. Michèle Aumont ha consagrado un fino ensayo a estos temas de la problemática de la condición femenina. "A medida que la mujer defiende sus oportunidades y se abre camino y plaza en el mundo, la dominante de sus esfuerzos parece

transformarse; todo sucede como si, apaciguada en su sed y en sus reivindicaciones más elementales, se operara en ella otra toma de conciencia: ella se siente solicitada por una promoción femenina complementaria, descubre que la expansión y el crecimiento de la mujer no sabría hacerse según las vías que la identifican con el hombre."

Al feminismo antiguo de reivindicación y choque, que perseguía ante todo la afirmación de la mujer como individuo, parece que ha de suceder una consideración nueva en la promoción social de la mujer, que trata de afirmarla como ser humano, sí, pero como ser humano sin merma de su singularidad y de su propia especificidad femenina. Podremos interrogarnos si este giro se produce por el instinto de conservación o como reacción ante los peligros de la masculinización femenina; si es fruto de una insatisfacción psicológica tras haberse abierto camino en el mundo de los hombres, o si se trata de una llamada telúrica hacia los valores esenciales. Sea como sea, la voz de la Iglesia no ha estado ausente de esta llamada.

Creo que nos será permitido considerar una esperanza prometedora esta tendencia a estimar la función social de la mujer, de modo que pueda consistir, por decisivo modo, en la humanización de las relaciones de las personas y de las cosas del mundo. Un porvenir nuevo y pleno se anuncia a la mujer en los horizontes del mundo de mañana; para

ACABA DE APARECER

COMENTARIOS A LA "PACEM IN TERRIS"

Edición preparada por el Instituto Social León XIII

COLABORAN EN ESTE VOLUMEN:

Mariano Aguilar Navarro
Miguel Benzo Mestre.
José Cortés Grau
Rodrigo Fernández Carvajal
Emilio Figueroa Martínez
Jesús Fueyo Alvarez
María Angeles Galino
José M.^a González Estéfani
José M.^a Guix Ferreres
José L. Gutiérrez García
Alberto Martín Artajo

Bartolomé Mostaza Rodríguez
Luciano Pereña Vicente
Gregorio Rodríguez de Yurre
Carlos Ruiz del Castillo
Joaquín Ruiz-Giménez
Luis Sánchez Agesta
César Sánchez Aizcorbe, S. I.
Francisco Sánchez Apellániz
Carlos Santamaría
Carlos Soria, O. P.
Manuel Villar Arregui

Epílogo por monseñor Angel Herrera Oria, obispo de Málaga

Todos los grandes temas de la encíclica están recogidos y comentados por veintidós especialistas acreditados en cada materia. En el epílogo, monseñor Herrera Oria expone el magisterio político de la "Pacem in terris".

Abre el volumen una bibliografía sistematizada de todo lo publicado hasta ahora en libros, revistas y grandes diarios. La traducción refleja los matices del original con singular fidelidad y sentido estilístico moderno. En el texto latino se indican las variantes que ofrecen algunos pasajes.

En este nuevo volumen de la BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS se expone con serena objetividad, dominio de la materia y sentido de la hora cuanto hay de novedad y de tradición en el magisterio de Juan XXIII.

XX + 690 páginas. En tela, 115 pesetas

Pídalo a su librero, y si no lo tiene, a

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.
Mateo Inurria, 15. Madrid-16

BAC 230

relaciones humanas. En algún pasaje de la encíclica se dice que nuestra época se caracteriza por la velocidad. Velocidad del progreso técnico-científico, velocidad de la información y de las comunicaciones, velocidad de las transformaciones todas del mundo. La revolución de las comunicaciones y los vertiginosos adelantos de la técnica en los tiempos recientes han servido de palancas a esta formidable interrelación de los hombres en todas las dimensiones del orbe. Los compartimientos estancos de las culturas locales, de las colectividades aisladas, se derrumban, y este proceso ha de seguir así y acentuarse, no obstante la persistencia de obstáculos que resisten a la acción unificadora del progreso técnico-científico y que se oponen totalmente a la solución satisfactoria de una exigencia moral sobre la que el Padre Santo llama la atención de los cristianos y de todos los hombres de buena voluntad: la coordinación imprescindible en el plano mundial de las colectividades políticas

La Organización de las Naciones Unidas

Sin duda, esa universalización de las relaciones humanas, estimulada por varios alicientes, es el factor positivo, junto al otro negativo que la encíclica recoge también (el temor a los actuales armamentos), en virtud de los cuales "ha ido penetrando cada vez más en el espíritu humano la persuasión" de la paz necesaria y la negociación como medio de resolver conflictos. Signo de los tiempos que enlaza con el reconocimiento de las realizaciones logradas a través de la O. N. U., tal y como se dice al final de la cuarta parte de la encíclica.

El objetivo de la organización mundial de las naciones es una exigencia

para que el orden se asiente sobre sólidos apoyos, y con él, la paz.

En el camino recorrido hacia la universalización de las relaciones humanas, el progreso técnico constituye un factor inexorable y positivo; pero no va acompañado a igual ritmo en el corazón de los hombres, que tropiezan con obstáculos. No voy ahora a detenerme en una exposición de estos obstáculos, que pueden ser sentimentales, intelectuales o morales.

En cambio, hay otra razón cristiana que colabora, junto con el progreso técnico-científico, al establecimiento de estas interrelaciones humanas a escala universal: la concepción universalista cristiana, que indudablemente juega un papel favorable en el desenvolvimiento de la unidad del mundo en todos los ámbitos de las relaciones humanas, sin exclusivismos ni preferencias. Mucho se ha hablado del universalismo cristiano y no voy a insistir ahora en este punto.

inaplazable de nuestro tiempo: el progreso humano quedaría interrumpido si no se alcanzara el grado indispensable de organización, a tenor con las dimensiones universales de los problemas. Esta organización del género humano a escala mundial no puede ser obra en exclusiva de los fieles de una Iglesia, dada la realidad actual. El universalismo acuñado en moldes cristianos es, sin duda, un resorte favorable y conducente al fin propuesto, pero no se presupone como indispensable. Por tanto, ha de hacerse en colaboración con los no cristianos. Ante este nuevo problema de nuestros días, el Padre Santo ha señalado la actitud que los cristianos han de adoptar.

RECAPITULACION

Hemos llegado al punto final de la encíclica y podemos nosotros recapitular las notas o tendencias de la época contemporánea que se describen en ella. Hay una notoria preferencia por aquellas tendencias o notas de nuestro tiempo que, dentro de su carácter afirmativo, señalan una continuidad hacia el porvenir, como si se tratara de los accesos previsibles del mañana.

La descristianización de la sociedad contemporánea

No se pretende con ello crear una engañosa imagen optimista, me parece; el propio Papa Juan XXIII, como los pontífices anteriores, no ha hurtado su prospección sobre la vertiente negativa del mundo actual. Subyacente a toda la encíclica está el drama tremendo de la descristianización de la sociedad contemporánea. En la introducción a la "Pacem in terris", el Papa señala el contraste entre el orden maravilloso del universo y el desorden que reina en los individuos y en los pueblos. Pablo VI, al abrir hace pocos días la segunda etapa conciliar, ha manifestado explícitamente su amargura por la situación de la Iglesia y de los hombres en algunos países donde son conculcados los derechos de Dios y de los seres humanos; su tristeza al contemplar cómo "el ateísmo invade parte de la humanidad"; cómo "mientras el progreso perfecciona maravillosamente los instrumentos de toda clase de que el hombre dispone, su corazón va cayendo hacia el vacío, la tristeza, la desesperación". Se reconoce en nuestra época por todos los observadores, también por el Papa, una época de crisis; por consiguiente, cabe decir que

en ella existirán necesariamente fuertes y contradictorias tendencias.

¿Por qué, pues, en este mensaje al mundo de hoy Su Santidad Juan XXIII ha preferido, en idioma sencillo, apto para todos, hacer hincapié en las notas positivas que, siendo caracterizadoras de nuestra época, anticipan de algún modo los horizontes de ese otro mundo que ha de venir en el decurso de los años próximos?

Los valores positivos del mundo actual

Tres respuestas encadenadas, o una respuesta en tres momentos, se me ocurren ante la interrogación abierta. En primer lugar, se trata de reconocer francamente ante los cristianos y ante los que no comulgan en nuestra fe la existencia de unos valores positivos creados o desarrollados en el mundo moderno, coincidentes con el más depurado espíritu cristiano, al que deben tal vez su impulso. Si hubiéramos de resumir de algún modo estos signos de los tiempos que la encíclica ha indicado, podríamos reducirlos a tres: la promoción de los humildes, la igualdad entre los hombres y la aspiración a la paz. ¿Y hay algo más cristiano que estas tres aspiraciones del mundo de hoy? El mismo San Pablo nos dice, lo recordarán, en la I epístola a los de Corinto: "Antes eligió Dios la necesidad del mundo para confundir a los sabios y la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes, y lo plebeyo, el desecho del mundo, lo que no es nada, lo eligió Dios para destruir lo que es: para que nadie se gloriasse ante El."

Con el reconocimiento expreso de ta-

les rasgos positivos elaborados en los siglos modernos se pone fin a cualquier vacilación respecto al modo de aproximarse el cristianismo al mundo moderno. Resultan, pues, caducas las posturas de resistencia y negación, ya sea en alguna de las dos opuestas actitudes (quietista o naturalista) descritas por monseñor Suenens en una obra muy conocida. La agresión que desde el mundo moderno se desencadenó en otros tiempos contra la Iglesia explica el recelo hacia este mundo manifestado años atrás. Pero ya no es de nuestro tiempo.

El diálogo del cristiano con el mundo contemporáneo

Segundo, el hecho mismo de reconocer estos signos positivos en el mundo actual facilita el diálogo con ese mundo. Lejos de todo ideal de apartamiento, el cristiano es llamado a aproximarse a ese mundo que ahora se halla en trance de transformación rapidísima y completa. La apologética de finales del siglo XIX era esquinada y combativa, a la defensiva, como corresponde a un momento en que la Iglesia se vió asaltada por todas las fuerzas desencadenadas contra ella. Aquella apologética a la defensiva ante las circunstancias nuevas del mundo cede lugar a este otro mensaje de aproximación. Etienne Gilson, hace algunos años, había escrito: "La tarea de la Iglesia no consiste en conservar el mundo tal cual es, aun cuando se trate de un mundo cristiano, sino conservarlo cristiano en el constante devenir de un mundo a otro; la Iglesia no tiene por objetivo impedir que el mundo se transforme, sino santificar en todo momento un mundo que se transforma." Podríamos decir nosotros ahora: ¿esta acción pastoral que se proyecta sobre el mundo contemporáneo no es, por sí misma, también un signo de los tiempos? En ese caso, ¿no se presenta ante nuestra propia mirada la encíclica como una señal de la época que vivimos, la más alta, la más digna señal de los tiempos? Pero este signo es en todo caso doble: aproximación de la Iglesia al mundo, según el ritmo de esos tres tiempos que ha señalado Pedro Laín: comprensión, asunción y consagración. Ahora bien, hay otro movimiento inverso y complementario: la aproximación del mundo hacia la Iglesia.

Hace muy poco nos lo decía Paulo VI: "El mundo actual ha tomado en nuestros días una conciencia más viva del inmenso capital de riquezas morales y espirituales que la Iglesia tiene a su disposición; ha comprendido que se ofrece un factor decisivo y sobradamente bienhechor a todos los hombres de buena voluntad que quieran trabajar en la organización pacífica de los hombres sobre la tierra."

El sentido providencial de la historia

Tercero. Las notas que se afirman en la "Pacem in terris", abiertas, como hemos dicho, hacia el futuro, componen un tinglado de lanzamiento movido por los resortes de la esperanza. Los cristianos son invitados a encararse con los quehaceres constructivos del mundo porque pueden ellos potenciar los valores positivos que se hallan en juego. De ningún modo serán movidos por ilusiones o falsos optimismos ni tampoco por desilusiones pesimistas.

Nuestra esperanza no se alimenta de éxitos temporales, sino de una convicción más profunda. Estamos a las puertas de un mundo nuevo, y en él—como en cualquier otro tiempo—va a realizarse la voluntad de Dios. Algunos se aven-

La espiritualidad propia del propagandista

En la IX Reunión Nacional de Consiliarios de la A. C. N. de P., que tuvo lugar en Madrid, en el Colegio Mayor de San Pablo, coincidiendo con la tanda nacional de ejercicios y las asambleas reglamentarias, se ha elaborado un "Directorio de los Consiliarios de la Asociación", del cual reproducimos, por su evidente interés general, los capítulos referentes al "Espíritu y estilo del propagandista" y a la "Espiritualidad del propagandista". Creemos que serán fructuosas para todos su lectura y meditación asidua.

Espíritu y estilo del propagandista

El perfil espiritual y las características distintivas del propagandista se pueden resumir en las ocho cualidades que a continuación se indican:

1. **Magnanimidad.**—La A. C. N. de P. quiere formar hombres capaces de promover las obras y empresas que reclama el bien común y de engrandecer y magnificar las ya existentes en que tomen parte.

2. **Abnegación.**—El propagandista debe cultivar esta virtud no sólo individual, sino además colectivamente. La Asociación está dispuesta a retirarse de un frente que ella cubría cuando surge otra fuerza que lo atiende suficientemente. Crea obras apostólicas con personalidad propia y deja luego que actúen con independencia. Presta, además, sus hombres para las obras de la Iglesia.

3. **Jerarquismo.**—Debe observar esta actitud todo miembro de la Asociación, ante todo para con la Iglesia, secundando las indicaciones y mandatos de las autoridades eclesiásticas.

La misma norma debe seguir en relación con el Estado, acatando el poder civil legítimamente constituido y estando siempre dispuesto a actuar en beneficio del pueblo y de la Iglesia.

4. **Sano optimismo.**—"No lamentos, sino acción", debe ser la consigna del propagandista, aun en los momentos difíciles. Debe mirar las cosas con amor para descubrir y aprovechar la verdad y bondad que hay en ellas.

mente. Crea obras apostólicas con personalidad propia y deja luego que actúen con independencia. Presta, además, sus hombres para las obras de la Iglesia.

3. **Jerarquismo.**—Debe observar esta actitud todo miembro de la Asociación, ante todo para con la Iglesia, secundando las indicaciones y mandatos de las autoridades eclesiásticas.

La misma norma debe seguir en relación con el Estado, acatando el poder civil legítimamente constituido y estando siempre dispuesto a actuar en beneficio del pueblo y de la Iglesia.

4. **Sano optimismo.**—"No lamentos, sino acción", debe ser la consigna del propagandista, aun en los momentos difíciles. Debe mirar las cosas con amor para descubrir y aprovechar la verdad y bondad que hay en ellas.

Espiritualidad del propagandista

1. Es necesario afirmar desde el principio que la A. C. N. de P. es una Asociación religiosa de seglares cuyo fin, según el artículo 1.º de los estatutos, es esforzarse por "establecer en sus miembros y en la sociedad el reino de Dios y su justicia, trabajando y hacien-

5. **Santa audacia cristiana.**—Después de haber madurado los planes, con la luz alcanzada en la oración, el hombre de la A. C. N. de P. debe lanzarse sin vacilaciones a realizarlos.

6. **Modernidad.**—Atenta al signo de los tiempos, la Asociación trata de ver en cada coyuntura histórica las necesidades y problemas más urgentes y las soluciones que reclama el bien común. No reniega de su "ayer", pero pone toda la atención en su "hoy".

7. **Espíritu de coordinación.**—El propagandista debe tener una preocupación constante por "unir" y "sumar" a los católicos españoles y a las obras de apostolado que éstos van creando. Frente al individualismo y al egoísmo, se- cunda y divulga las consignas de unión que vienen de Roma.

8. **Intensa vida sobrenatural.**—Como base y fundamento de todas las características anteriores—las cuales darán un rendimiento tanto mayor cuanto nazcan de una vida interior más intensa—, la A. C. N. de P. fomenta en todos sus miembros un intenso espíritu sobrenatural.

La "Oración del Propagandista" es un elocuente exponente de ello; por eso, todo miembro de la A. C. N. de P. procurará rezarla frecuentemente y vivirla intensamente.

do que sus socios trabajen eficazmente por el bien común".

2. Esta vocación exige que el propagandista tenga un profundo sentido sobrenatural de la vida que oriente su conducta privada y su actividad pública. El propagandista sabe que no hay santificación por la sola acción.

3. La espiritualidad de la A. C. N. de P. es la espiritualidad propia del seglar apostólico (no la de un Instituto secular).

4. Esta espiritualidad debe tener como alimento fundamental la sagrada escritura y la liturgia de la Iglesia.

5. De un modo especial todo miembro de la Asociación debe poseer un serio conocimiento de San Pablo y estar muy atento al magisterio pontificio.

6. El propagandista debe cultivar cada día el amor a la santa Iglesia, que le haga estar siempre presente en sus grandes problemas y preocupaciones apostólicas.

7. El propagandista, además de cultivar el estudio serio y sistemático que le lleve a un conocimiento profundo del misterio de la Iglesia, debe ser hombre de oración, en la que afianzará sus criterios sobrenaturales y el juicio sobre los acontecimientos.

8. La vida de oración guiada por los cauces vivos de la liturgia sacramentaria, de un modo especial la liturgia eucarística, le llevará a desarrollar el sentido comunitario del cristiano, y de un modo particular su sentido social y el de fraternidad en los propagandistas.

9. Misión permanente del consiliario será recordar la visión sobrenatural de la obra y la purificación de los medios.

10. El consiliario puede utilizar como medio eficaz de cultivar el espíritu sobrenatural la llamada sección de San Pablo, que, sin formalismo canónico alguno, se empeña a fondo en el corazón de la Asociación por mantener vivos y operantes estos principios evangélicos.

CUADERNOS para el DIÁLOGO.

Director: Joaquín Ruiz-Giménez

REVISTA MENSUAL

"... estos sencillos CUADERNOS se niegan a ser coto patrimonial de un grupo y, más aún, trinchera de un club ideológico o de una bandería de presión. Fundados con esperanza por universitarios, por hombres de profesiones liberales y por obreros, por gentes ya maduras y por otras más jóvenes en alentadora coincidencia de inquietudes y de ilusiones, están abiertos a todos los hombres de buena voluntad, hállese donde se hallen y vengan de donde vinieren, más atentos al fin de la marcha colectiva que al punto de procedencia." (De la Razón de ser de la revista.)

EN EL PRIMER NUMERO:

Pedro Lain Entralgo: *Diálogo con Hispanoamérica.*

José María de Llanos, S. J.: *Necesitamos más diálogo en la Iglesia.*

Juan Maragall: *Oda a España y Mensaje al Rey.*

Juan Rof Carballo: *Cuando se rompe el diálogo.*

Joaquín Ruiz-Giménez: *Carta a José María Pemán.*

José Luis Sampedro: *Eso de la productividad.*

Marcelino Zapico, O. P.: *En torno al estado confesional.*

Administración: Oñate, 15. Apartado de Correos 50.531. Madrid (20).

Suscripción anual, 200 pesetas; semestre, 100; número suelto, 25.